

El bebé de Rosa

Claro que la imaginación siempre puede abrir cualquier puerta, girar la llave y dejar paso al terror.

TRUMAN CAPOTE, *A sangre fría*

Hay una urbanización fortificada, en las afueras de la ciudad, a veinte kilómetros hacia el interior, entre un polígono industrial y un balneario de aguas termales, que ostenta el nombre de Los Pinos Verdes, aunque no hay un solo pino, ni verde ni morado, en cinco mil metros cuadrados a la redonda. La urbanización consta de doce casas idénticas de estilo colonial, adosadas la una a la otra en una franja de terreno rectangular. Por delante, jardín comunitario con piscina entre moreras. Jardincito privado por detrás, al fondo del cual se yergue una palmera enana y torcida, junto a una barbacoa rústica. Para acceder a la urbanización es imprescindible tener una llave, o bien llamar a los porteros automáticos que hay junto a los buzones, en la verja de hierro que abrocha los gruesos muros que la circundan.

Y eso es exactamente lo que acaba de hacer la joven pareja que ahora mismo, junto a las puertas abiertas del coche, brazos en jarras, ojos al cielo, espera de las alturas la señal de entrada a Los Pinos Verdes, un oasis amurallado en la periferia industrial de una gran ciudad.

En cuanto el portero automático responde y la verja se abre, a Rosa le parece entrar en un decorado conocido, con toda la inmunidad y seguridad que le confieren sus recuerdos, los reales y los ficticios. Todo lo que ve le resulta tranquilizadamente familiar: los aspersores regando el césped al caer el sol, la canasta de baloncesto en medio de una tapia, los enanitos de jardín con farolillo, las sábanas tendidas, los setos, los rosales, las buganvillas. Y le entran unas ganas imperiosas de anidar aquí, en este lugar que ha visto antes, tal vez en alguna película, o cuando se ensueña. Se lo dice a Paco y éste, en cuanto aparca frente a la casa número 7, la besa en la boca. Rosa piensa que ese beso sella su compromiso frente a la idílica comunidad, pero Paco tiene sus propias ilusiones: ser director de cine. Y aunque el arrebatado cluenco de Rosa le divierte, y hasta le conmueve, no puede permitirse siquiera fantasear con ese plan; aún se paga la escuela privada de cine trabajando de camarero, y está más que harto de vivir en la habitación con derecho a cocina que Mamen, la jefa de Rosa, les tiene alquilada desde hace un par de años. Pero Rosa ha oído una llamada del cuerno del destino, ese sonido primario y gutural, inefable, que se abre paso a través de los bosques telúricos de la fantasía amorosa femenina, y..., bueno, contra eso el muchacho tiene realmente muy poco que hacer.

Resulta que la propietaria lleva varias semanas en coma, y la comunidad ya ha puesto la casa en alquiler sin mediación de agencia.

—No saldrá de ésta, tiene ochenta y nueve años —les dice a Paco y a Rosa la que se presenta como portavoz, una mujer voluptuosa bajo su bata de hacer faenas.

Como la anciana no tiene familia, deja la casa en herencia a la comunidad de vecinos. Con el alquiler planean pagar las reformas de la casa número 1, ocupada por los gatos callejeros, para ponerla a la venta y rehabilitar al fin una antigua lavandería común que ardió años atrás. Y quizá contratar un jardinero, pues todos los inquilinos que quedan en Los Pinos Verdes han pasado ya la edad de ocuparse en estas cosas y ella, Teresa, apenas tiene tiempo y no da abasto. Todo esto lo va contando mientras recorren las espaciosas y húmedas estancias, atestadas de muebles.

—Está todo como ella lo dejó —dice, al entrar y al salir de cada habitación.

La visita acaba en la destartada cocina que comunica con el jardincito trasero. Tan repleta está de armarios y de plantas medio resacas, que Paco se sorprende.

—Son plantas aromáticas —explica Teresa—. Mis patrones, que viven en la casa número seis, también tienen un herbario casero. Y vosotros, ¿a qué os dedicáis?

—Paco es director de cine —dice Rosa.

—Vaya, ¿y qué películas ha hecho?

—Bueno, películas todavía ninguna, ha hecho un corto, y ahora está escribiendo un guión para pedir una subvención al Ministerio.

—Y ella es maquilladora —apunta Paco—. Ahora trabaja de estheticienne en el local de una amiga, cerca de la ciudad. La conocí cuando vino a dar una clase a mi academia.

Teresa parece impresionada, y Rosa, intuitiva, aprovecha la ocasión:

—Nos gusta mucho la casa.

—Verás, en realidad la portavoz de la comunidad es la señora Castellet, yo sólo soy su asistente desde hace casi un año. Pero por lo que la señora me ha dicho, lo que les in-

teresa es alquilarla a una pareja joven y responsable. No les importa el dinero, ¿sabes? Son una gente estupenda.

Teresa se sienta en la mesa de la cocina y con un gesto de la mano invita a Rosa a acompañarla, mientras Paco inspecciona los armarios con curiosidad:

–Está todo lleno de armarios... –murmura–. ¿Para qué coño querría tantos armarios?

Teresa y Rosa intiman deprisa.

–A mí me han salvado la vida, si no llega a ser por ellos... Porque aquí donde me ves, Rosa, yo he robado, he mendigado, me he drogado y me he prostituido. Pero los Castellet me sacaron de la calle y me dieron una oportunidad. Y hasta me han regalado un amuleto de la suerte, míralo. –Rosa se asoma al escote de Teresa, pero enseguida se hecha hacia atrás con la nariz arrugada–. Sí, huele fatal. Es una *capparis spinosa*, conocida vulgarmente como alcaparra. La señora Castellet las usa mucho porque dice que son buenas para las hemorroides y la alopecia. Pero se ve que si las dejas secar y las maceras en coñac, atraen la fortuna y la fertilidad.

–Qué interesante –dice Rosa, esquivando una mirada torcida de Paco–. Tal vez tu alcaparra nos ha atraído hasta aquí.

–Seguramente. Han venido otras parejas, pero vosotros me dais buena impresión. ¿Pensáis tener hijos?

–Aún no –dice Paco.

Pero Teresa sólo mira a Rosa.

–¡Me miraba a mí y sólo a mí! Te lo juro, Mamen.

–No me cabe la menor duda –corrobora Mamen, admirando el deleite con el que Paco rebaña los restos de salsa en su plato–. Muy lista, la tal Teresa, ya lo creo...

El caso es que a Paco y a Rosa les están dando toda cla-

se de facilidades para quedarse con la casa, y no les queda más que esperar que la agonía de la vieja propietaria dure poco. Pero a Mamen, la jefa de Rosa, no le entusiasma la idea de quedarse sola de nuevo. Pasados los cuarenta, sin pareja ni hijos, agradece tener para quién hacer alarde de sus dos grandes pasiones, cocinar y charlar de lo que sea. Rosa come como un pajarito, pero sabe contar cosas con todo lujo de detalles, y acaba de describirle su visita a Los Pinos Verdes como si fuera la escena de una película. En cuanto a Paco, es demasiado reservado y taciturno, pero come que da gusto verlo. Y puesto que ambos han cumplido sobradamente hasta el final, Mamen se ha repuesto de su decepción y se ha esmerado en prepararles un postre que bien podría ser el último. Pero a la vista del flamante tiramisú, y sin poder evitarlo, saca a colación ciertos rumores que hacen de Los Pinos Verdes un lugar con una reputación misteriosa:

—... y allá por los setenta hubo aquel extraño incendio y el lugar quedó medio vacío, y luego se ve que se instalaron unas gentes rarísimas, se habló de una secta, o algo así, no sé, se dicen tantas cosas, yo misma tuve una clienta que sabía de una anciana que fue violada allí...

—A mí las habladurías me traen sin cuidado... —interrumpe Paco, inesperadamente—. Desconfío más del nombre absurdo de la urbanización, por ejemplo. Sí, eso es lo que me tiene más mosqueado, lo absurdo del nombre. Los Pinos Verdes... ¡menudo disparate! Si fuesen morados o azules, pero todos los pinos son verdes. Además, allí no hay un puto pino. —Ambas le miran sorprendidas. El misterio de los pinos tiene una base real que supera cualquier leyenda basada en rumores—. Los Pájaros Voladores, Las Tortugas Lentas... Los Pinos Verdes. ¿Nunca habéis pensado que parecen elegidos a propósito? ¿Y que de algún modo influ-

yen en quienes los habitan? –Y aún añade, antes de que puedan responder–: Y si así fuera, ¿no creéis que nosotros mismos también habríamos sido elegidos?

A finales de verano los nuevos inquilinos de la casa número 7 son invitados a un estreno en la ciudad, una película de temática social que un ex profesor de Paco ha logrado levantar con el esfuerzo y la ilusión de los alumnos. Vuelven del cine a medianoche, en silencio, cuando ambos tienen la misma extraña pero placentera sensación: al dejar atrás la carretera comarcal y tomar el desvío que conduce a Los Pinos Verdes, una línea recta sin asfaltar, el coche parece obedecer una orden secreta y volver solo al redil. Entonces ambos bajan las ventanillas y el viento cálido y mentolado les relaja automáticamente, sin que apenas se den cuenta.

–Qué bodrio de película... –Paco está indignado–. Si es que cuando les da por resaltar la honradez y la felicidad de la clase obrera es para cagarse...

Rosa bosteza. A ella le ha gustado la peli y la aburre mortalmente ese discurso. Además, sabe que Paco está resentido porque su guión ha sido rechazado para enviar a subvención, y finalmente se han decidido por el de un compañero. Paco es de natural discreto y callado, pero el rencor y la envidia lo vuelven de lo más locuaz:

–Dios, esas pescaderas a las cinco de la mañana en la Boquería, maquilladas y afectuosas, ¿un café con leche, reina?, gracias-cariño, de-nada-mi-vida, hasta-luego-mamá-te quiero-mucho, ¡pero por favor! ¿De verdad no han visto cómo funciona la gente cuando se levanta a trabajar de madrugada? No sé qué pensaría mi padre si le digo que le quiero cuando sale a faenar, ¿te lo imaginas? ¿Tú le dices a tu madre que la quieres cada vez que te despides?

—Yo sí. Lo que pasa es que los gallegos sois así de raros.

Rosa está sucumbiendo a un ataque agudo de modorra, y cuando la verja de Los Pinos Verdes se abre de par en par, y las luces de la ambulancia la deslumbran, se pregunta si no estará soñando. La mayoría de los vecinos han salido de sus casas, vecinos a los que Rosa y Paco aún no conocen. Todos son bastante mayores y están nerviosos por la presencia de tantos policías acordonando la zona alrededor de la piscina.

—¡Por favor, apártense! —vociferan—. ¡Atrás, hagan el favor!

El cadáver de Teresa flota en el agua boca abajo, su bata, su melena, su alcaparra macerada en coñac. Paco y Rosa se acercan al lugar de la tragedia caminando muy juntos y conmocionados, cuando un policía les corta el paso:

—¿La conocían?

—Sólo un poco —dice Paco, su brazo protector ciñendo los hombros de Rosa—. Somos nuevos aquí. Nos enseñó la casa hace cosa de un mes y... no la hemos vuelto a ver, ¿verdad, Rosa?

—Sí. Trabajaba para los Castellet, el matrimonio que vive en la casa contigua a la nuestra, la número seis. Aún no les conocemos...

Por el mismo sendero se acerca otra aturdida pareja enlazada del brazo. Ella lleva un turbante en la cabeza, demasiada bisutería y maquillaje estridente. Él va vestido con un traje rosa lleno de manchas, y se desplaza apoyado en una muleta que equilibra una bota con alza. Rosa aún no les conoce, pero sabe que son ellos.

—¿Qué ha pasado aquí? —se preguntan, atónitos, los Castellet—. ¿Qué es todo esto?

—¿Son ustedes los propietarios de la casa número seis?
—El policía les pone al corriente de la situación: Teresa se

ha tomado un bote entero de pastillas antes de lanzarse a la piscina. La señora Castellet no da crédito a lo sucedido:

–No es posible. No puedo creerlo...

Pero la policía ha encontrado una nota y el matrimonio reconoce al momento la letra de su asistenta.

–Esto se veía venir –dice el señor Castellet, apesadumbrado–. Hicimos todo lo que pudimos por ella, pero era muy depresiva y siempre estaba amenazando con hacer una locura. Se lo dije a mi esposa, pero ella nunca me hace caso.

–Parecía tan agradecida... –interviene Rosa, aún afectada–. Tan feliz y llena de planes... –Y como los Castellet la miran de la cabeza a los pies, se ve obligada a presentarse–: Somos los nuevos inquilinos de la número siete.

–Ah, sí –dice la señora Castellet–. Teresa nos lo dijo. ¿Lo recuerdas, Ramón? Los que se dedican a las películas...

Mientras el señor Castellet le tiende la mano a Paco, parpadeando y haciendo pucheros su señora se cuelga del brazo de Rosa para decirle al oído que en breve, en cuanto se repongan del golpe, «... *qué disgusto, qué tragedia...*», recibirán una invitación. Tiene un deje extranjero, la señora Castellet, una cadencia latinoamericana que Rosa relaciona enseguida con las películas antiguas de Disney. En cuanto al señor Castellet, su expresión le parece la de un comediante que no siente nada de lo que dice. Así se lo dice a Paco, una vez en casa, pero Paco no se ha fijado ninguna impresión, más allá de la evidencia:

–¿Se puede saber de qué mierda iban disfrazados?

–Sssssh.

Y por si acaso, por si su compañera se deja tentar por la compasión y pretende intimar, Paco le recuerda sus consecuencias:

–Si entablamos amistad ya no nos los quitaremos de encima.

—No seas tan cruel, se les acaba de ahogar la chica...
Y habla más bajito, por favor.

A través de los tabiques se oye toda clase de ruidos que Rosa, atenta siempre a los estímulos exteriores, trata de conocer para acostumbrarse cuanto antes. Tendida boca arriba en la cama, con los ojos abiertos a la oscuridad y los oídos como antenas, dedica parte de sus horas de sueño a clasificar esos ruidos. Los más reconocibles ya los tiene controlados: tuberías que chirrían, suelos de madera que crujen, viento golpeando los cristales, chicharras en el jardín. Pero hay otros ruidos, más difíciles de visualizar, que invitan a las conjeturas, como el arrastrar de la bota ortopédica del señor Castellet, o la insistencia en canciones monótonas y repetitivas, o las desconcertantes disputas domésticas, a veces tan violentas y de golpe y porrazo frívolas, como si las estuvieran ensayando y de pronto, en la cúspide del diálogo, cualquiera de los dos perdiera la inspiración o se pasase de rosca, y ambos flojeasen de risa en complicidad: «*Anda, déjalo... ¡Déjalo ya, que no sirves para nada!*» Y es entonces cuando suele arrancar esa música tan irritante...

Rosa suelta un codazo y Paco levanta automáticamente la cabeza:

—¿Por qué no te dejas de acechar misterios y te duermes de una vez? ¿Tanto te aburres? —Viendo que Rosa no se relaja ni se acurruca junto a él, añade—: Oh, vamos, sólo es música country, no está tan mal...

No, no será sólo la compasión lo que va a impulsar a Rosa a aceptar esa invitación a cenar, en cuanto se haga presente. La impulsará también la curiosidad por el misterio; y, sobre todo, el excitante temor de que, de tanto buscarlo, al final lo encuentre.

En la puerta de su casa, la señora Castellet agradece el detalle con gestos teatrales: «*Ah, pero ¡qué amables! No tenían que haberse molestado, un disco de música country... Muy amables y muy originales.*» Lleva un delantal sobre una especie de kimono, y el turbante que luce para la ocasión es de satén verde. Disculpándose por el desorden que impera desde que Teresa falleció, «... *qué disgusto, qué tragedia...*», les invita a seguirla hacia el interior de su guarida. Paco y Rosa avanzan algo intimidados a través de opresivos pasillos de paredes empapeladas, entre libros apilados y toda clase de antiguallas. Una vez en el salón, aparece el señor Castellet arrastrando la bota con alza, sin la muleta y cargando una bandeja con cuatro copas llenas a rebosar.

—Cuidado con la alfombra —le va indicando la señora Castellet, trotando a su alrededor—. Ramón, cuidado con la bota. Cuidado con el canto de la mesa.

Pero el señor Castellet, vestido con un albornoz de terciopelo polvoriento y un fular, llega sin incidentes hasta la mesita frente a la chimenea. Entonces propone un brindis por los invitados y, al primer sorbo, derrama parte del cóctel sobre la alfombra.

—¿Viste? ¡Mira que te lo tengo dicho! Qué huevón...

Dicho esto, la señora Castellet se arranca el delantal y se lanza a cuatro patas sobre la alfombra para frotarla con brío, sin dejar de dar órdenes a su torpe marido, órdenes que a Rosa le suenan como un eco familiar a través de los tabiques: «*Ve por los polvos de talco, anda, y de paso apaga el horno. Este hombre todo lo mancha, ¡todo! ¡No está contento hasta que no mancha algo!*» Sintiéndose dentro de una película, Rosa pellizca a Paco, entre perpleja y divertida. Pero a Paco le asusta, le duele y le molesta. En los momentos así, Rosa añora la atenta complicidad de Mamen.

Durante la cena los Castellet se pelean por hablar. Ambos han visto mundo, pero por lo que parece no han visto el mismo, y constantemente se corrigen y contradicen el uno al otro. De sus monólogos a dos voces se deduce que: él viajó mucho por el extranjero como comercial de maquinaria pesada de campo, antes de sufrir una embolia y rodar escaleras abajo; ella tuvo una infancia errante como hija de diplomático, y una adolescencia confinada en un internado para señoritas, en algún lugar privilegiado entre Chile y Argentina; coincidieron, quién sabe en qué momento y en qué lugar, pues tampoco en eso se ponen de acuerdo, y aquí están ahora, cumpliendo bodas de oro en Los Pinos Verdes, resignadamente, pero aquí están todavía. Y eso es todo.

Viendo que Paco está muy concentrado en dar cuenta del cordero al horno, Rosa toma la palabra:

—Pues nosotros aún no hemos viajado demasiado. Bueno, a Galicia vamos muy a menudo, porque Paco es gallego y tiene allí a su padre y a dos hermanos solteros, los tres en el negocio de la pesca. Yo no tengo hermanos. Mi madre es viuda desde hace muchos años y, aunque me tuvo en su pueblo, cerca de Málaga, al poco de nacer emigramos y me crié aquí en Cataluña, en un colegio de monjas.

—Ah, entonces eres católica... —señala el señor Castellet.

—Ramón, haz el favor —le amonesta su señora—. No seas tan chismoso.

—¿Qué pasa? Ni que le hubiera preguntado por su peso...

La señora Castellet dirige a sus invitados una expresión de profundo hastío:

—Tremendo huevón...

Rosa da una patada al tobillo de Paco, pero éste sigue

sin intención de responder a sus señales y continúa cumpliendo con su deber: comérselo todo.

—No, está bien, no pasa nada... —Rosa trata de no abrir debate quitando importancia al asunto—. La verdad es que no sé si soy o no católica, pero... algo queda, supongo.

Un silencio insatisfecho, eso es todo lo que logra, y por un momento los Castellet parecen desilusionados. Pero enseguida se conforman con la respuesta y vuelven a competir por ganarse a Paco elogiando Galicia. Al ver que no surge ningún efecto, hablan de cine. Hablan y hablan hasta que Paco se abre y muestra la cara oculta de su aparente indiferencia: frustración y rabia porque su historia no ha sido subvencionada. Incluso cuenta el argumento en líneas generales, cediendo a la insistencia de sus ancianos vecinos. Rosa no puede interpretar sus caras mientras le están escuchando, pero cuando Paco termina ambos aplauden como si estuvieran en el teatro:

—¡Bravo! ¿Viste, Ramón? Ya te dije que el chico tenía talento.

Tras la cena, Rosa sale al porche con la señora Castellet, que corre a ocupar su posición en la vieja mecedora, bajo los tiestos de helechos, y a sacar apresuradamente sus bártulos de hacer calceta. No corre una brizna de aire y cantan las chicharras. La estampa estival ha adquirido de pronto un estilo típicamente sureño, y Rosa, embriagada, se sienta a los pies de la mecedora donde su vecina se mece y teje, teje y se mece, y sus pulseras tintinean... Es la hora en que los murciélagos se acercan a beber agua de la piscina, la hora de tirar los restos a la basura. Y sin duda eso es lo que se dispone a hacer la silueta rechoncha y femenina que se acerca por el oscuro sendero, en dirección a los contenedores, donde toma impulso y lanza una bolsa de basura con tanto empuje que cae del otro lado. Rosa juraría que lleva las bragas sobre el camisón.

—Dios santo, esta Felisa está cada vez peor...—dice la señora Castellet—. Es la de la casa número tres. Fue costurera, pero ahora no ve un carajo, la pobre. Siempre tira la basura fuera del contenedor y luego bajan las bestias de la noche. Una vez mi esposo y yo cazamos un gato montés, ahí mismo, entre las moreras que hay detrás de la piscina. Pero de eso hace ya mucho tiempo... —Deja caer un suspiro impaciente—: Ahora éste es el lugar ideal para criar hijos. Excepto el de la pobre Felisa, un chico medio subnormal, no hay un solo niño en Los Pinos Verdes. Nosotros no hemos recibido esa bendición. Ramón es estéril. Y ustedes, ¿piensan tener hijos algún día?

—Pensamos tenerlos, sí.

—Bárbaro. —La señora Castellet parece satisfecha, y sonríen sus ojitos crueles.

Antes de dar la velada por concluida, la señora Castellet obsequia a Rosa con el colgante que pertenecía a su difunta asistenta. Cuando le repite las propiedades de la alcaparra, su supuesta eficacia contra las hemorroides y la alopecia, Rosa comprende que su vecina luzca siempre un turbante, y que su vecino vista albornoz y se siente de forma tan extraña en el sofá, frente a Paco, que parece hundido en su butaca y se esfuerza en fumar un puro. Pero en cuanto llegan a casa Rosa guarda el colgante en el fondo de un cajón. El humor se le ha ensombrecido. Los Castellet ya no le hacen ninguna gracia ni le dan ninguna pena, y piensa esquivarles a partir de ya. Paco también ha cambiado de parecer, aunque en el sentido inverso: el interés y el entusiasmo que han mostrado por su historia le ha conmovido.

—Fingían —asegura Rosa, con la voz ronca de la mala hostia—. Y además lo hacían bastante mal, sobreactuaban. No han entendido nada de lo que les has contado. Pero si no lo entiendo ni yo, que soy tu novia... —Paco la deja de

sahogarse, mientras se desviste con una irritante sonrisa de condescendencia—. Además, esa mujer tiene un gusto atroz... ¿Te has fijado en la sombra de ojos, a juego con el turbante? Madre mía. Y qué me dices de ese pobre hombre lleno de lamparones y que aburre hasta a las cabras...

Paco ya se ha metido en la cama y mira el techo con expresión inusualmente soñadora:

—¿Aburrido, dices? Qué va, todo lo que me ha contado era la mar de interesante. De hecho, pienso volver mañana a que me cuente más cosas.

OTOÑO DE 2005

El otoño ha romantizado la estampa de Los Pinos Verdes. Un viento suave pero persistente que viene de la cañada se ha llevado el olor a humo de las fábricas y ha traído el de las aguas medicinales del balneario. Su misión es deshojar las moreras y cubrir la piscina con un manto ocre. Luego se irá, y caerá el frío paralizador. Pero durante unos días todo se agita, amarillea y se humedece; y como nadie se ocupa aún del jardín acaba por imponerse una dejadez poética.

El instinto de Rosa, tan sensible a los cambios del paisaje, la empuja a acondicionar la casa para recogerse durante el invierno. Y con la intención de crear un ambiente más acogedor y melancólico, acorde con la estación, ha quedado con Mamen para ir juntas a Ikea. Pero durante el recorrido de exhibición las dudas han ido minando su moral, hasta que la inspiración se ha desvanecido del todo. Y ahora circula meditabunda por el almacén de recogida con el carro vacío. Exactamente lo contrario le sucede a Mamen. Viene acompañando, recelosa y sin ideas, y se va a ir con el carro hasta los topes.